BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 37

PLATÓN

DIÁLOGOS

I

APOLOGÍA, CRITÓN, EUTIFRÓN, ION, LISIS, CÁRMIDES, HIPIAS MENOR, HIPIAS MAYOR, LAQUES, PROTÁGORAS

INTRODUCCIÓN GENERAL POR
EMILIO LLEDÓ ÍÑIGO

TRADUCCIÓN Y NOTAS POR
J. CALONGE RUIZ, E. LLEDÓ ÍÑIGO, C. GARCÍA GUAL



EDITORIAL GREDOS

NOTA SOBRE LA ORDENACIÓN DE LOS DIÁLOGOS EN ESTE VOLUMEN

Este primer volumen de los *Diálogos* de Platón en la BCG recoge aquellos de su primera época que suelen calificarse como *diálogos socráticos.* En su presentación hemos seguido el criterio cronológico, por el que puede ordenarse con cierta precisión toda la producción platónica. Sin embargo, hemos atendido también a algún motivo temático para agrupar en una secuencia tradicional estos primeros textos platónicos. Así, la *Apología* es el opúsculo que abre el volumen, seguida del *Critón* y del *Eutifrón,* con lo que quedan agrupados los tres diálogos que tratan del juicio y la condena de Sócrates; mientras que el *Protágoras,* obra de mayor extensión y más compleja que las precedentes, cierra este período. Esta ordenación presenta, de este modo, una muy ligera desviación de la secuencia indicada como estrictamente cronológica en la «Introducción General».

C. G. G.

APOLOGÍA DE SÓCRATES

INTRODUCCIÓN

El proceso y la consiguiente condena a muerte de Sócrates fue un hecho que iba a tener una trascendencia imposible de pensar en las fechas en que sucedió. Ni siquiera es posible suponer cuál habría sido la influencia posterior del pensamiento socrático a través de sus discípulos, si éstos, especialmente Platón, no hubieran recibido el doloroso impulso de la injusta condena del maestro. Sin embargo, colocado en su fecha y en su ambiente, era un proceso sin nada especial, salvo en la pena solicitada y en el encausado, conocido por su extraña personalidad y popularizado a través de la comedia.

En el proceso de Sócrates se juzgó y condenó a un hombre concreto. Pero se le condenó porque se creyó ver en él, equivocadamente, una figura representativa de la sofística, movimiento intelectual dominante sobre todo en el último tercio del siglo v. Cada uno de los términos de la acusación y todos ellos juntos habrían tenido poco valor, si los atenienses no hubieran visto en todo ello no a un conciudadano equivocado sino las ideas disgregadoras que arruinarían, y en parte ya habían arruinado, según ellos, la fuerte contextura política y social con que Atenas había vivido tantos años. Aun en el período medio de la Guerra del Peloponeso una acusación de este tipo habría tenido menos posibili-

dades de éxito [1]. Pero en 399, la sensibilidad para estas cuestiones era distinta. Además de la transformación de creencias y costumbres, a la que se culpaba de la decadencia y derrota de Atenas, la actuación de dos políticos, Alcibíades y Critias, que habían sido en su juventud seguidores de Sócrates, permitía proyectar sobre el maestro una falsa imagen que muchos, por confusión, podrían aceptar de buena fe. En el proceso de Sócrates hay un componente personal de malquerencia, pero se ha aprovechado también el ambiente de hostilidad hacia aquellos personajes que ponían en duda la existencia de los dioses, cuestionaban la autoridad de los padres y relativizaban los más firmes principios sobre los que se asentaba la sociedad. Sócrates no era evidentemente un sofista. Sin duda, era el más serio oponente que tuvo la sofística antes de Platón, pero las gentes le veían conversar con los sofistas y estar constantemente en su compañía, en unas relaciones personales seguramente más amistosas de lo que se puede deducir de algunos diálogos platónicos [2]. La multitud difícilmente podía distinguir los firmes, pero sutiles, rasgos que le separaban de los sofistas. Para estas gentes, su actividad era muy semejante a la de ellos. Además, Sócrates era ateniense, vivía siempre en la ciudad, era conocido de todos y, por sus características personales, debía de ser un personaje muy popular. Sólo muy pocos entendían lo que Sócrates decía, pero todos sabían que durante todo el día conversaba sobre temas no habitua-

[1] En las Grandes Dionisias de 423, Aristófanes presentó las *Nubes*, comedia después reelaborada, y Amipsias, el *Connos*, también con Sócrates como personaje. Amipsias obtuvo el segundo puesto y Aristófanes el tercero. En la parábasis de la versión de las *Nubes* llegada a nosotros, Aristófanes se lamenta del fracaso de la obra.

[2] Véase, en el *Protágoras*, cómo el joven Hipócrates acude a Sócrates para que le introduzca en el círculo sofista.

les en la vida diaria. Afirmar ante estas gentes que Sócrates trataba cualquier clase de asuntos no podía suscitar la incredulidad de nadie. Hay que pensar que una buena parte de los votos que le condenaron fueron de personas que no tenían enemistad personal contra él, pero que se dejaron llevar por las impresiones generales que hemos indicado.

La acusación fue presentada por Meleto ante el arconte rey. A ella se asociaron Ánito y Licón [3]. El verdadero impulsor de la acusación fue Ánito, político influyente, cuyo resentimiento contra Sócrates se apoyaba en causas que no nos es fácil determinar. Meleto era un poeta mediocre y Licón, orador. La acusación era de impiedad, acusación gravísima en una época en la que, además, no eran posibles las acusaciones políticas por estar vigente la amnistía. En el comienzo del *Eutifrón*, Sócrates muestra su profunda preocupación por el posible curso del proceso y juicio. La acusación precisaba que Sócrates no creía en los dioses de la ciudad y quería introducir otros, y también que corrompía a los jóvenes.

A pesar de todas las circunstancias desfavorables, era difícil que se consiguiera la culpabilidad, y casi imposible la imposición de la pena de muerte. Sin embar-

[3] Meleto era joven y poco conocido, según se indica al comienzo del *Eutifrón*. Se prestó a presentar la acusación por afán de notoriedad o por presión del influyente Ánito. También habría podido Ánito comprar su intervención, según un escolio de la *Apología*. Ánito era un ciudadano bien acomodado. En 409 había sido acusado por el fracaso de una expedición a Pilos de la que había sido encargado, aunque no como estratego, pero fue absuelto. Participó en la caída de los Treinta, tras la cual fue estratego durante varios años. Aún, quince años después de la muerte de Sócrates, fue arconte. Licón era un orador de no mucho prestigio. Los poetas cómicos lo ridiculizaban con frecuencia, tomando como pretexto su pobreza y el origen extranjero de su esposa.

go, para salvar ambas cosas, tenía Sócrates que humillarse y echar a perder la imagen de rectitud moral cuyo ejemplo era su propia vida. Ahí es donde la acusación había hecho blanco certeramente. Los reproches sobre la incapacidad de Sócrates para defenderse puestos por Platón en boca de los sofistas, unas veces de forma un tanto indirecta, como la última intervención de Hipias en el *Hipias Mayor*, otras, de forma violenta, como la de Calicles en el *Gorgias*, así como algunas alusiones en la misma *Apología*, hacen pensar que quizá Platón, como discípulo que deseaba sobre todo que Sócrates no fuera condenado, quiso insistir en el inmenso drama del maestro, de ningún modo incapaz de defenderse, sino resignado a llevar el juicio por unas vías que le condujeran a la confirmación de su vida pasada antes que a buscar su absolución.

Las reflexiones que Sócrates hace en el *Critón*, sobre la necesidad de ser consecuente con toda su actuación anterior, son *mutatis mutandis* las mismas que se han impuesto en su defensa ante el tribunal. No es posible que aparezca en el juicio un Sócrates discorde del que él ha sido. Los argumentos que han sido válidos antes tienen que serlo también en esta ocasión. Así, Sócrates completaría en su defensa esa simbiosis del ámbito del conocimiento con el de la moral que caracterizan su pensamiento. No era necesario pensar si el final iba a ser la muerte, aunque, al seguir este camino, eso sería lo más probable.

Pero es Platón, y no Sócrates, quien ha escrito la *Apología*. Estuvo presente en el juicio y tuvo que guardar un recuerdo muy seguro de todo lo que Sócrates dijo. También lo guardaban otros discípulos que estuvieron allí y muchos otros que conocieron, por narración directa y próxima a los hechos, todo lo que en el juicio sucedió. ¿Escribió la *Apología* como una creación literaria al margen de los hechos? Sobre este punto ha habido opiniones para todos los gustos, hasta haberse llegado a afirmar, incluso, que Sócrates guardó silencio durante el juicio.

No obstante, éste debió de desarrollarse normalmente. La frase de *Apología* 19a: «...debo obedecer a la ley y hacer mi defensa», responde perfectamente a lo que podíamos esperar de Sócrates. Aunque no se hubiera escrito el *Critón*, nuestra idea de Sócrates continuaría siendo la de una persona íntimamente respetuosa de las leyes. Cuando le llegó la hora, ciertamente insospechada hasta entonces, de comparecer ante un tribunal, respetó, sin duda, todas las normas.

Es difícil pensar que Platón se apartara de la sucesión de los hechos y de los mismos razonamientos expresados por Sócrates ante los jueces. No improvisó Sócrates ni ordenó las ideas sobre la marcha[4]. La división temática del discurso es perfecta: las dos clases de acusadores; la justificación de su conducta antes de pasar de los primeros acusadores a los segundos; el interrogatorio de Meleto; la necesidad moral para el hombre de defender sus convicciones más que su vida; la actuación en privado, en vez de la actuación política; el acogimiento de los jóvenes; finalmente, la apelación a la dignidad del acusado y a la de los jueces con que termina la parte dedicada a la defensa. Ciertamente, este tipo de defensa no es un modelo de discurso forense y, desde luego, poco adecuado para conseguir la absolución. Pero, si Sócrates hubiera buscado la absolución, tendría que haberse sometido a los hábitos usuales en este tipo de juicios y, con ello, hubiera creado una imagen contrahecha de sí mismo[5]. Tuvo que elegir la muerte física para salvar su verdadera imagen.

[4] Cuando dice en 17c: «...vais a oír frases dichas al azar con las palabras que me vengan a la boca», se refiere a la forma y no al contenido. Otra cosa no es imaginable en Sócrates.

[5] Desde 34b hasta 35d encontramos una patética afirmación

Pero estamos hablando de la actuación de Sócrates en una obra que es de Platón. ¿No es adecuado pensar que una obra tan perfecta sólo se pudo conseguir tras la muerte de Sócrates y tras una reposada reflexión sobre el enfrentamiento del maestro con aquellos sectores de la vida ateniense que simbólicamente representaban los jueces? Sería imposible contestar a esta pregunta. Es difícil pensar que Platón, a poca distancia de los hechos y ante unos hombres con gran fijeza de memoria, que nosotros hemos perdido por evolución de la cultura, se hubiera atrevido a configurar unos hechos ajenos a la realidad. El estilo de Platón rezuma por todas partes. Sin duda, las palabras, las frases, el apasionado patetismo de ciertas afirmaciones, algunos de los rasgos de humor, etc., etc., son elementos inseparables del estilo de Platón. Lo que no parece tan fácil de admitir es que un hombre muy inteligente, con una capacidad dialéctica excepcional y en absoluto desconocedor, al igual que cualquier otro ciudadano, de un hecho cotidiano como la práctica judicial ateniense haya podido ser declarado culpable a poco que hubiera creído que él debía defender su vida antes que cualquier otro valor. Si fuera necesaria una confirmación de esta hipótesis, la misma *Apología* nos la ofrece. Tras la votación[6] en la que fue decidida la culpabilidad de

de esta idea. Son sus últimas palabras antes de la votación. Están pronunciadas en un momento y en un tono que, necesariamente, le habían de restar votos favorables.

[6] El sistema judicial ateniense era bastante rudimentario y podía dar lugar a grandes injusticias. Después de hablar los acusadores y el acusado, se producía una primera votación. Tras la primera votación hablaba, nuevamente, la acusación para justificar la pena propuesta. A continuación, el acusado hacía su contraproposición. Lo verdaderamente grave en este sistema es que el tribunal estaba obligado a elegir entre una u otra y no podía condenar a ninguna otra pena que no fuera una de ellas. Como, cuando la acusación se reafirmaba en la

Sócrates[7], propuso Meleto la pena de muerte. Muy pocos de los jueces, si había alguno, así como los acusadores, podían pensar que esa propuesta sería la que finalmente adoptara el tribunal. Una contrapropuesta congruente con la marcha del juicio y la votación producida habría tenido, sin duda, la aceptación no sólo de los treinta y un votos necesarios de entre los 281 condenatarios, sino la de muchos más. Sin embargo, sucedió todo lo contrario. De los 220 votos absolutorios de la primera votación, 79 votaron a favor de la pena de muerte. Las palabras de Sócrates, al hacer la contrapropuesta, habían producido ese cambio, sin que exista posibilidad de atribuirlo a otra causa.

Resulta difícil suponer que la argumentación de Sócrates en este momento fuera otra de la que aparece en la *Apología*. La actitud de Sócrates es congruente con la mantenida durante la defensa. Pero ahora la situación es distinta. No se trataba ya de adherirse o no adherirse a los hábitos denigratorios que, en la justicia ateniense, habían convertido a los acusados en suplicantes. Ahora se trataba, nada menos, de que Sócrates admitiera su culpabilidad y, como consecuencia de ella, propusiera una pena contra sí mismo. Lógicamente esto no iba a suceder y, por tanto, no quedaba al tribunal otro camino que condenar al acusado de acuerdo con la propuesta del acusador. El paralelismo de su actitud, en esta parte de la contrapropuesta, con la que adoptó durante la parte asignada a la defensa es evi-

pena propuesta ya estaba decidida la culpabilidad del acusado, éste se veía obligado a proponer una pena que fuera más aceptable para el tribunal que la que proponía la acusación, pero debía calcular cuidadosamente para no obligar a los jueces a considerar más justa la propuesta del acusador.

[7] El resultado fue de 281 votos condenatorios frente a 220 absolutorios. Por ello, puede afirmar Sócrates que, si treinta de los votos condenatorios hubieran cambiado de opinión, habría sido absuelto.

dente. Si admitimos, como no podemos por menos, que Platón en esta última parte ha reflejado la actitud de Sócrates, es también necesario que admitamos que la arquitectura de la parte dedicada a la defensa es propia de Sócrates.

Las secuencias son las siguientes. Si Sócrates era llevado a juicio, tenía que elegir entre mantener su propia imagen, o destruirla adoptando la actitud a la que los jueces estaban acostumbrados. Si se decidía por lo primero, era casi seguro que fuera declarado culpable. En caso de que fuera declarado culpable, no podía, por congruencia no sólo con su vida anterior sino también con su comportamiento en la parte del juicio dedicada a la defensa, admitir su culpabilidad y proponerse una pena. Es decir, para un observador cuidadoso del comportamiento habitual de Sócrates, siempre que se comportara con arreglo a las palabras que habitualmente pronunciaba, lo que presumiblemente había de suceder, promover un juicio contra él como lo hizo Meleto era, con la mayor probabilidad, conseguir su condena a muerte.

Son muy pocos los hombres a los que se les presenta ocasión de ser absueltos de una acusación de muerte por admitir, durante el escaso tiempo de un juicio, ciertas contradicciones en su actitud ante la vida. Son menos aún, lógicamente, los que en la elección prefirieren la muerte. Sócrates fue uno de ellos. No es éste el lugar para destacar las consecuencias que su actitud ha tenido en la creación del concepto de hombre en el mundo occidental.

Al margen del dolor que pudiera sentir ante una muerte inevitable, su capacidad de elección era nula. La actitud adoptada procedía de un impulso anancástico al que él no se podía oponer. Era el resultado de la simbiosis que Sócrates había realizado entre conocimiento y moral. Platón nos ha hecho ver, más de una vez, cómo juzgaban algunos sofistas esta actitud de Sócrates. Como es natural, el punto de vista que toman es el de la utilidad, el provecho, el triunfo sobre el rival, etc., con total olvido de cualquier razón moral. Quizá se ajustan más a las ideas que se acaban de expresar las frases puestas en boca del sofista Calicles en *Gorgias* 486a-b: «¿No te parece vergonzoso estar así como yo creo que estás tú y todos los que continúan adelante con la filosofía? En efecto, si ahora alguien te detuviera, a ti o a otro como tú, y te llevara a la cárcel afirmando que has cometido un delito, sin haberlo cometido, sé que no sabrías cómo valerte, sino que estarías aturdido y atontado sin saber qué decir; y, al comparecer ante el tribunal, aunque tu acusador fuera de muy poco valor y malvado, serías condenado a muerte, si él propusiera para ti la pena de muerte.»

Estas últimas líneas nos permiten ver que, ya en las fechas que siguieron a la muerte de Sócrates, había dos puntos de vista para juzgar su actitud ante sus jueces. Se iniciaba una polémica que duraría siglos.

NOTA SOBRE EL TEXTO

Para la versión española se ha seguido el texto de BURNET, *Platonis Opera*, vol. I, Oxford, 1900 (reimpresión, 1973).

BIBLIOGRAFIA

Una bibliografía selectiva muy amplia, hasta la fecha respectiva de su publicación, se encuentra en las obras siguientes:

A. LESKY, *Geschichte der Griechischen Literatur = Historia de la Literatura Griega* [trad. José María Díaz Regañón, sobre la 2.ª ed., Berna, 1963], Madrid, 1968, págs. 378-79 y 574-77.

W. K. C. GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy*, vol. IV: *Plato. The man and his Dialogues. Earlier Period*, Cambridge, 1975, págs. 562-81.

APOLOGÍA DE SÓCRATES

SÓCRATES

17a No sé, atenienses, la sensación que habéis experi-
mentado por las palabras de mis acusadores. Cierta-
mente, bajo su efecto, incluso yo mismo he estado a
punto de no reconocerme; tan persuasivamente habla-
ban. Sin embargo, por así decirlo, no han dicho nada
verdadero. De las muchas mentiras que han urdido,
una me causó especial extrañeza, aquella en la que de-
cían que teníais que precaveros de ser engañados por
b mí porque, dicen ellos, soy hábil para hablar. En efec-
to, no sentir vergüenza de que inmediatamente les voy
a contradecir con la realidad cuando de ningún modo
me muestre hábil para hablar, eso me ha parecido en
ellos lo más falto de vergüenza, si no es que acaso éstos
llaman hábil para hablar al que dice la verdad. Pues,
si es eso lo que dicen, yo estaría de acuerdo en que soy
orador, pero no al modo de ellos. En efecto, como digo,
éstos han dicho poco o nada verdadero. En cambio,
vosotros vais a oír de mí toda la verdad; ciertamente,
por Zeus, atenienses, no oiréis bellas frases, como las
de éstos, adornadas cuidadosamente con expresiones y
c vocablos, sino que vais a oír frases dichas al azar con
las palabras que me vengan a la boca; porque estoy
seguro de que es justo lo que digo, y ninguno de vos-
otros espere otra cosa. Pues, por supuesto, tampoco

sería adecuado, a esta edad mía, presentarme ante vos-
otros como un jovenzuelo que modela sus discursos.
Además y muy seriamente, atenienses, os suplico y pido
que si me oís hacer mi defensa con las mismas expre-
siones que acostumbro a usar, bien en el ágora, encima
de las mesas de los cambistas, donde muchos de vos-
otros me habéis oído, bien en otras partes, que no os
cause extrañeza, ni protestéis por ello. En efecto, la d
situación es ésta. Ahora, por primera vez, comparezco
ante un tribunal a mis setenta años. Simplemente, soy
ajeno al modo de expresarse aquí. Del mismo modo que
si, en realidad, fuera extranjero me consentiríais, por
supuesto, que hablara con el acento y manera en los que
me hubiera educado, también ahora os pido como algo 18a
justo, según me parece a mí, que me permitáis mi ma-
nera de expresarme —quizá podría ser peor, quizá
mejor— y consideréis y pongáis atención solamente a
si digo cosas justas o no. Éste es el deber del juez, el
del orador, decir la verdad.

Ciertamente, atenienses, es justo que yo me defienda,
en primer lugar, frente a las primeras acusaciones falsas
contra mí y a los primeros acusadores; después, frente
a las últimas, y a los últimos [1]. En efecto, desde antiguo b
y durante ya muchos años, han surgido ante vosotros
muchos acusadores míos, sin decir verdad alguna, a
quienes temo yo más que a Ánito y los suyos, aun siendo
también éstos temibles. Pero lo son más, atenienses,
los que tomándoos a muchos de vosotros desde niños
os persuadían y me acusaban mentirosamente, diciendo
que hay un cierto Sócrates, sabio, que se ocupa de las
cosas celestes, que investiga todo lo que hay bajo la

[1] Sócrates pretexta una razón cronológica para hablar, primeramente, sobre los que han creado en la ciudad una imagen en la que se apoyan sus acusadores reales. Esta distinción entre primeros acusadores, que legalmente no existen, y últimos acusadores articula la primera parte de la *Apología*.

tierra y que hace más fuerte el argumento más débil.
c Éstos, atenienses, los que han extendido esta fama, son los temibles acusadores míos, pues los oyentes consideran que los que investigan eso no creen en los dioses. En efecto, estos acusadores son muchos y me han acusado durante ya muchos años, y además hablaban ante vosotros en la edad en la que más podíais darles crédito, porque algunos de vosotros erais niños o jóvenes y porque acusaban *in absentia,* sin defensor presente. Lo más absurdo de todo es que ni siquiera es posible
d conocer y decir sus nombres, si no es precisamente el de cierto comediógrafo. Los que, sirviéndose de la envidia y la tergiversación, trataban de persuadiros y los que, convencidos ellos mismos, intentaban convencer a otros son los que me producen la mayor dificultad. En efecto, ni siquiera es posible hacer subir aquí y poner en evidencia a ninguno de ellos, sino que es necesario que yo me defienda sin medios, como si combatiera sombras, y que argumente sin que nadie me responda. En efecto, admitid también vosotros, como yo digo, que ha habido dos clases de acusadores míos: unos, los que me han acusado recientemente, otros, a los que ahora me refiero, que me han acusado desde hace
e mucho, y creed que es preciso que yo me defienda frente a éstos en primer lugar. Pues también vosotros les habéis oído acusarme anteriormente y mucho más que a estos últimos.

Dicho esto, hay que hacer ya la defensa, atenienses, e intentar arrancar de vosotros, en tan poco tiempo,
19a esa mala opinión que vosotros habéis adquirido durante un tiempo tan largo. Quisiera que esto resultara así, si es mejor para vosotros y para mí, y conseguir algo con mi defensa, pero pienso que es difícil y de ningún modo me pasa inadvertida esta dificultad. Sin embargo, que vaya esto por donde al dios le sea grato, debo obedecer a la ley y hacer mi defensa.

Recojamos, pues, desde el comienzo cuál es la acusación[2] a partir de la que ha nacido esa opinión sobre
mí, por la que Meleto, dándole crédito también, ha b
presentado esta acusación pública. Veamos, ¿con qué palabras me calumniaban los tergiversadores? Como si, en efecto, se tratara de acusadores legales, hay que dar lectura a su acusación jurada[3]. «*Sócrates comete delito y se mete en lo que no debe al investigar las cosas subterráneas y celestes, al hacer más fuerte el argumento*
más débil y al enseñar estas mismas cosas a otros». Es c
así, poco más o menos. En efecto, también en la comedia de Aristófanes veríais vosotros a cierto Sócrates que era llevado de un lado a otro afirmando que volaba y diciendo otras muchas necedades sobre las que yo no entiendo ni mucho ni poco. Y no hablo con la intención de menospreciar este tipo de conocimientos, si alguien es sabio acerca de tales cosas, no sea que Meleto me entable proceso con esta acusación, sino que yo no tengo nada
que ver con tales cosas, atenienses. Presento como tes- d
tigos a la mayor parte de vosotros y os pido que cuantos me habéis oído dialogar alguna vez os informéis unos a otros y os lo deis a conocer; muchos de vosotros estáis en esta situación. En efecto, informaos unos con otros de si alguno de vosotros me oyó jamás dialogar poco o mucho acerca de estos temas. De aquí conoce-

---

[2] La llama acusación, comparándola con la acusación legal. Tampoco el contenido de esta última puede ser referido a la verdadera personalidad de Sócrates, según él mismo ha indicado en sus primeras palabras ante los jueces.

[3] Sócrates resume los conceptos vertidos sobre él durante muchos años y les da la forma de una acusación. Se trata de burdas ideas, que calan bien entre los ignorantes, en las que se mezclan conceptos atribuibles a los filósofos de la naturaleza con los propios de los sofistas, en todo caso poco piadosos. Con estas ideas aparece Sócrates representado en las *Nubes* de Aristófanes.

réis que también son del mismo modo las demás cosas que acerca de mí la mayoría dice.

Pero no hay nada de esto, y si habéis oído a alguien decir que yo intento educar a los hombres y que cobro
c dinero[4], tampoco esto es verdad. Pues también a mí me parece que es hermoso que alguien sea capaz de educar a los hombres como Gorgias de Leontinos, Pródico de Ceos e Hipias de Élide[5]. Cada uno de éstos, atenienses, yendo de una ciudad a otra, persuaden a los jóvenes —a quienes les es posible recibir lecciones gratuitamente del que quieran de sus conciudadanos— a
20a que abandonen las lecciones de éstos y reciban las suyas pagándoles dinero y debiéndoles agradecimiento. Por otra parte, está aquí otro sabio, natural de Paros, que

[4] Esta afirmación es también importante para distinguir a Sócrates de los sofistas. No profesa la enseñanza ni cobra por dejarse oír, lo que sí hacen aquéllos.

[5] En la *Apología* procura Platón ser muy escrupuloso en cuanto a las referencias de personas que, con certeza, aún vivían en la fecha del proceso. Al citar aquí a tres famosos sofistas, omite el nombre del creador y gran impulsor de la sofística: Protágoras de Abdera, que había muerto en 415. — Gorgias de Leontinos era el representante del Occidente griego en la sofística. Es, sin duda, el sofista más calificado después de Protágoras. Alcanzó una gran longevidad, pues debía de ser unos quince años mayor que Sócrates y murió algunos años después que él. Es un personaje muy interesante en otros muchos aspectos del pensamiento, pero sobre todo lo es por la manifiesta influencia de su estilo desde finales del siglo v. Esta influencia fue decisiva en la retórica y en la prosa artística. Su más caracterizado discípulo fue Isócrates. — Pródico era jonio, de Yúlide de Ceos. Distinguido discípulo de Protágoras. Era hombre de poca salud y escasa voz, según lo presenta Platón en el *Protágoras*. Practicó sobre todo las distinciones léxicas, especialmente la sinonimia. Poco más joven que Sócrates, vivía aún, como los tres citados, a la muerte de éste. — Hipias de Élide es el más joven de los tres citados. Aunque no es comparable en méritos con Protágoras y Gorgias, es una personalidad muy interesante. Platón ha escrito dos diálogos en que Hipias es interlocutor de Sócrates. Es discutida la autenticidad del *Hipias Mayor*.

me he enterado de que se halla en nuestra ciudad. Me encontré casualmente al hombre que ha pagado a los sofistas más dinero que todos los otros juntos, Calias[6], el hijo de Hipónico. A éste le pregunté —pues tiene dos hijos—: «Calias, le dije, si tus dos hijos fueran potros o becerros, tendríamos que tomar un cuidador de ellos y pagarle; éste debería hacerlos aptos y buenos b
en la condición natural que les es propia, y sería un conocedor de los caballos o un agricultor. Pero, puesto que son hombres, ¿qué cuidador tienes la intención de tomar? ¿Quién es conocedor de esta clase de perfección, de la humana y política? Pues pienso que tú lo tienes averiguado por tener dos hijos». «¿Hay alguno o no?», dije yo. «Claro que sí», dijo él. «¿Quién, de dónde es, por cuánto enseña?», dije yo. «Oh Sócrates —dijo él—, Eveno[7], de Paros, por cinco minas». Y yo consideré feliz a Eveno, si verdaderamente posee ese arte y enseña tan convenientemente. En cuanto a mí, presumi- c
ría y me jactaría, si supiera estas cosas, pero no las sé, atenienses.

Quizá alguno de vosotros objetaría: «Pero, Sócrates, ¿cuál es tu situación, de dónde han nacido esas tergiversaciones? Pues, sin duda, no ocupándote tú en cosa más notable que los demás, no hubiera surgido seguidamente tal fama[8] y renombre, a no ser que hicieras algo distinto de lo que hace la mayoría. Dinos, pues, qué es ello, a fin de que nosotros no juzguemos a la ligera.» Pienso que el que hable así dice palabras justas y yo d
voy a intentar dar a conocer qué es, realmente, lo que me ha hecho este renombre y esta fama. Oíd, pues. Tal

[6] Rico ateniense, veinte años más joven que Sócrates, cuya liberalidad para con los sofistas muestra Platón en el *Protágoras*.

[7] Eveno de Paros era poeta y sofista. Citado también por Platón en el *Fedón* y en el *Fedro*.

[8] Fama, en el sentido de una opinión generalizada que no responde a la realidad.

vez va a parecer a alguno de vosotros que bromeo. Sin
embargo, sabed bien que os voy a decir toda la verdad.
En efecto, atenienses, yo no he adquirido este renombre
por otra razón que por cierta sabiduría. ¿Qué sabiduría
es esa? La que, tal vez, es sabiduría propia del hombre;
pues en realidad es probable que yo sea sabio respecto
a ésta. Éstos, de los que hablaba hace un momento,
e quizá sean sabios respecto a una sabiduría mayor que
la propia de un hombre o no sé cómo calificarla. Hablo
así, porque yo no conozco esa sabiduría, y el que lo
afirme miente y habla en favor de mi falsa reputación.
Atenienses, no protestéis ni aunque parezca que digo
algo presuntuoso; las palabras que voy a decir no son
mías, sino que voy a remitir al que las dijo, digno de
crédito para vosotros. De mi sabiduría, si hay alguna
y cuál es, os voy a presentar como testigo al dios que
está en Delfos. En efecto, conocíais sin duda a Quere-
21*a* fonte [9]. Éste era amigo mío desde la juventud y adepto
al partido democrático, fue al destierro y regresó con
vosotros. Y ya sabéis cómo era Querefonte, qué vehe-
mente para lo que emprendía. Pues bien, una vez fue a
Delfos [10] y tuvo la audacia de preguntar al oráculo esto
—pero como he dicho, no protestéis, atenienses—, pre-
guntó si había alguien más sabio que yo. La Pitia le
respondió que nadie era más sabio. Acerca de esto os
dará testimonio aquí este hermano suyo, puesto que
él ha muerto.

b Pensad por qué digo estas cosas; voy a mostraros
de dónde ha salido esta falsa opinión sobre mí. Así pues,

[9] Querefonte, cuya relación con Sócrates queda descrita, admiraba a éste profundamente. Aristófanes, en las *Nubes*, hace figurar el nombre de ambos al frente del Pensatorio.

[10] El famoso santuario de Apolo, de prestigio panhelénico y, también, entre los no griegos. La pitonisa, *Pythía*, que tenía un papel secundario en la jerarquía délfica, pronunciaba en trance frases inconexas que eran interpretadas por los sacerdotes.

tras oír yo estas palabras reflexionaba así: «¿Qué dice
realmente el dios y qué indica en enigma? Yo tengo
conciencia de que no soy sabio, ni poco ni mucho. ¿Qué
es lo que realmente dice al afirmar que yo soy muy
sabio? Sin duda, no miente; no le es lícito.» Y durante
mucho tiempo estuve yo confuso sobre lo que en verdad
quería decir. Más tarde, a regañadientes me incliné a
una investigación del oráculo del modo siguiente. Me
dirigí a uno de los que parecían ser sabios, en la idea
de que, si en alguna parte era posible, allí refutaría el *c*
vaticinio y demostraría al oráculo: «Éste es más sabio
que yo y tú decías que lo era yo.» Ahora bien, al exami-
nar a éste —pues no necesito citarlo con su nombre,
era un político aquel con el que estuve indagando y dia-
logando— experimenté lo siguiente, atenienses: me
pareció que otras muchas personas creían que ese
hombre era sabio y, especialmente, lo creía él mismo,
pero que no lo era. A continuación intentaba yo demos-
trarle que él creía ser sabio, pero que no lo era. A
consecuencia de ello, me gané la enemistad de él y de *d*
muchos de los presentes. Al retirarme de allí razonaba
a solas que yo era más sabio que aquel hombre. Es
probable que ni uno ni otro sepamos nada que tenga
valor, pero este hombre cree saber algo y no lo sabe,
en cambio yo, así como, en efecto, no sé, tampoco creo
saber. Parece, pues, que al menos soy más sabio que
él en esta misma pequeñez, en que lo que no sé tampoco
creo saberlo. A continuación me encaminé hacia otro
de los que parecían ser más sabios que aquél y saqué
la misma impresión, y también allí me gané la enemis- *e*
tad de él y de muchos de los presentes.

Después de esto, iba ya uno tras otro, sintiéndome
disgustado y temiendo que me ganaba enemistades,
pero, sin embargo, me parecía necesario dar la mayor
importancia al dios. Debía yo, en efecto, encaminarme,
indagando qué quería decir el oráculo, hacia todos los

22a que parecieran saber algo. Y, por el perro, atenienses —pues es preciso decir la verdad ante vosotros—, que tuve la siguiente impresión. Me pareció que los de mayor reputación estaban casi carentes de lo más importante para el que investiga según el dios; en cambio, otros que parecían inferiores estaban mejor dotados para el buen juicio. Sin duda, es necesario que os haga ver mi camino errante, como condenado a ciertos trabajos [11], a fin de que el oráculo fuera irrefutable para mí. En efecto, tras los políticos me encaminé hacia los poetas,
b los de tragedias, los de ditirambos y los demás, en la idea de que allí me encontraría manifiestamente más ignorante que aquéllos. Así pues, tomando los poemas suyos que me parecían mejor realizados, les iba preguntando qué querían decir, para, al mismo tiempo, aprender yo también algo de ellos. Pues bien, me resisto por vergüenza a deciros la verdad, atenienses. Sin embargo, hay que decirla. Por así decir, casi todos los presentes podían hablar mejor que ellos sobre los poemas que ellos habían compuesto. Así pues, también respecto a los poetas me di cuenta, en poco tiempo, de
c que no hacían por sabiduría lo que hacían, sino por ciertas dotes naturales y en estado de inspiración como los adivinos y los que recitan los oráculos. En efecto, también éstos dicen muchas cosas hermosas, pero no saben nada de lo que dicen. Una inspiración semejante me pareció a mí que experimentaban también los poetas, y al mismo tiempo me di cuenta de que ellos, a causa de la poesía, creían también ser sabios respecto a las demás cosas sobre las que no lo eran. Así pues, me alejé también de allí creyendo que les superaba en lo mismo que a los políticos.

En último lugar, me encaminé hacia los artesanos. Era consciente de que yo, por así decirlo, no sabía nada,

[11] Pone su esfuerzo en comparación con los «Doce trabajos de Heracles».

en cambio estaba seguro de que encontraría a éstos con d
muchos y bellos conocimientos. Y en esto no me equivoqué, pues sabían cosas que yo no sabía y, en ello, eran más sabios que yo. Pero, atenienses, me pareció a mí que también los buenos artesanos incurrían en el mismo error que los poetas: por el hecho de que realizaban adecuadamente su arte, cada uno de ellos estimaba que era muy sabio también respecto a las demás cosas, incluso las más importantes, y ese error velaba su sabiduría. De modo que me preguntaba yo mismo, en nom- e
bre del oráculo, si preferiría estar así, como estoy, no siendo sabio en la sabiduría de aquellos ni ignorante en su ignorancia o tener estas dos cosas que ellos tienen. Así pues, me contesté a mí mismo y al oráculo que era ventajoso para mí estar como estoy.

A causa de esta investigación, atenienses, me he creado muchas enemistades, muy duras y pesadas, de 23a
tal modo que de ellas han surgido muchas tergiversaciones y el renombre éste de que soy sabio. En efecto, en cada ocasión los presentes creen que yo soy sabio respecto a aquello que refuto [12] a otro. Es probable, atenienses, que el dios sea en realidad sabio y que, en este oráculo, diga que la sabiduría humana es digna de poco o de nada. Y parece que éste habla de Sócrates [13] —se sirve de mi nombre poniéndome como ejemplo, como si dijera: «Es el más sabio, el que, de entre vos- b
otros, hombres, conoce, como Sócrates, que en verdad es digno de nada respecto a la sabiduría.» Así pues, incluso ahora, voy de un lado a otro investigando y averiguando en el sentido del dios, si creo que alguno de los ciudadanos o de los forasteros es sabio. Y cuando me parece que no lo es, prestando mi auxilio al dios, le demuestro que no es sabio. Por esta ocupación no he

[12] Sócrates desea aclarar la diferencia entre conocer la verdad y conocer lo que no es verdad.

[13] Se conserva en la traducción el anacoluto del texto griego.

tenido tiempo de realizar ningún asunto de la ciudad digno de citar ni tampoco mío particular, sino que me
c encuentro en gran pobreza a causa del servicio del dios.

Se añade, a esto, que los jóvenes que me acompañan espontáneamente —los que disponen de más tiempo, los hijos de los más ricos— se divierten oyéndome examinar a los hombres y, con frecuencia, me imitan e intentan examinar a otros, y, naturalmente, encuentran, creo yo, gran cantidad de hombres que creen saber algo pero que saben poco o nada. En consecuencia, los examinados por ellos se irritan conmigo, y no consigo mis-
d mos, y dicen que un tal Sócrates es malvado y corrompe a los jóvenes. Cuando alguien les pregunta qué hace y qué enseña, no pueden decir nada, lo ignoran; pero, para no dar la impresión de que están confusos, dicen lo que es usual contra todos los que filosofan, es decir: «las cosas del cielo y lo que está bajo la tierra», «no creer en los dioses» y «hacer más fuerte el argumento más débil». Pues creo que no desearían decir la verdad, a saber, que resulta evidente que están simulando saber sin saber nada. Y como son, pienso yo, susceptibles y
e vehementes y numerosos, y como, además, hablan de mí apasionada y persuasivamente, os han llenado los oídos calumniándome violentamente desde hace mucho tiempo. Como consecuencia de esto me han acusado Meleto, Ánito y Licón; Meleto, irritado en nombre de los poetas; Ánito, en el de los demiurgos y de los polí-
24a ticos, y Licón, en el de los oradores. De manera que, como decía yo al principio, me causaría extrañeza que yo fuera capaz de arrancar de vosotros, en tan escaso tiempo, esta falsa imagen que ha tomado tanto cuerpo. Ahí tenéis, atenienses, la verdad y os estoy hablando sin ocultar nada, ni grande ni pequeño, y sin tomar precauciones en lo que digo. Sin embargo, sé casi con certeza que con estas palabras me consigo enemistades,

lo cual es también una prueba de que digo la verdad, y que es ésta la mala fama mía y que éstas son sus causas. Si investigáis esto ahora o en otra ocasión, con- b
firmaréis que es así.

Acerca de las acusaciones que me hicieron los primeros acusadores [14] sea ésta suficiente defensa ante vosotros. Contra Meleto, el honrado y el amante de la ciudad, según él dice, y contra los acusadores recientes voy a intentar defenderme a continuación. Tomemos, pues, a su vez, la acusación jurada de éstos, dado que son otros acusadores. Es así: *«Sócrates delinque corrompiendo a los jóvenes y no creyendo en los dioses en los que la ciudad cree, sino en otras divinidades nuevas.»* Tal es la acusación. Examinémosla punto por c
punto.

Dice, en efecto, que yo delinco corrompiendo a los jóvenes. Yo, por mi parte, afirmo que Meleto delinque porque bromea en asunto serio, sometiendo a juicio con ligereza a las personas y simulando esforzarse e inquietarse por cosas que jamás le han preocupado. Voy a intentar mostraros que esto es así.

—Ven aquí [15], Meleto, y dime: ¿No es cierto que consideras de la mayor importancia que los jóvenes sean lo mejor posible? d

—Yo sí.

—Ea, di entonces a éstos quién los hace mejores. Pues es evidente que lo sabes, puesto que te preocupa.

---

[14] Termina aquí Sócrates la parte dedicada a explicar las causas de la falsa opinión que la gente tiene de él. A todos los que la han creado, bien dando origen a ella, bien difundiéndola intencionada o inintencionadamente, los llama «primeros acusadores», para distinguirlos de los que realmente presentaron la acusación, cuyo texto se cita a continuación.

[15] El acusado podía interrogar al acusador y presentar testigos. Durante la intervención de éstos no contaba el tiempo asignado al acusado para su defensa.

En efecto, has descubierto al que los corrompe, a mí, según dices, y me traes ante estos jueces y me acusas. Vamos, di y revela quién es el que los hace mejores. ¿Estás viendo, Meleto, que callas y no puedes decirlo? Sin embargo, ¿no te parece que esto es vergonzoso y testimonio suficiente de lo que yo digo, de que este asunto no ha sido en nada objeto de tu preocupación? Pero dilo, amigo, ¿quién los hace mejores?

—Las leyes.

e —Pero no te pregunto eso, excelente Meleto, sino
qué hombre, el cual ante todo debe conocer esto mismo,
las leyes.

—Éstos, Sócrates, los jueces[16].

—¿Qué dices, Meleto, éstos son capaces de educar a los jóvenes y de hacerlos mejores?

—Sí, especialmente.

—¿Todos, o unos sí y otros no?

—Todos.

—Hablas bien, por Hera, y presentas una gran abun-
dancia de bienhechores. ¿Qué, pues? ¿Los que nos es-
25a cuchan los hacen también mejores, o no?

—También éstos.

—¿Y los miembros del Consejo?

—También los miembros del Consejo.

—Pero, entonces, Meleto, ¿acaso los que asisten a la Asamblea, los asambleístas corrompen a los jóvenes? ¿O también aquéllos, en su totalidad, los hacen mejores?

—También aquéllos.

—Luego, según parece, todos los atenienses los hacen buenos y honrados excepto yo, y sólo yo los corrompo. ¿Es eso lo que dices?

---

16 Los jueces lo eran por sorteo entre los ciudadanos. Lo mismo sucedía con los miembros del Consejo. Los asistentes a la Asamblea eran todos los ciudadanos en plenitud de sus derechos.

—Muy firmemente digo eso.

—Me atribuyes, sin duda, un gran desacierto. Con-
téstame. ¿Te parece a ti que es también así respecto a
los caballos? ¿Son todos los hombres los que los hacen
mejores y uno sólo el que los resabia? ¿O, todo lo con- b
trario, alguien sólo o muy pocos, los cuidadores de
caballos, son capaces de hacerlos mejores, y la mayoría,
si tratan con los caballos y los utilizan, los echan a
perder? ¿No es así, Meleto, con respecto a los caballos
y a todos los otros animales? Sin ninguna duda, digáis
que sí o digáis que no tú y Ánito. Sería, en efecto, una
gran suerte para los jóvenes si uno solo los corrompe
y los demás les ayudan. Pues bien, Meleto, has mostrado c
suficientemente que jamás te has interesado por los
jóvenes y has descubierto de modo claro tu despreocu-
pación, esto es, que no te has cuidado de nada de esto
por lo que tú me traes aquí.

Dinos aún, Meleto, por Zeus, si es mejor vivir entre ciudadanos honrados o malvados. Contesta, amigo. No te pregunto nada difícil. ¿No es cierto que los malvados hacen daño a los que están siempre a su lado, y que los buenos hacen bien?

—Sin duda.

—¿Hay alguien que prefiera recibir daño de los que d
están con él a recibir ayuda? Contesta, amigo. Pues la
ley ordena responder. ¿Hay alguien que quiera recibir
daño?

—No, sin duda.

—Ea, pues. ¿Me traes aquí en la idea de que corrompo a los jóvenes y los hago peores voluntaria o involuntariamente?

—Voluntariamente, sin duda.

—¿Qué sucede entonces, Meleto? ¿Eres tú hasta tal punto más sabio que yo, siendo yo de esta edad y tú tan joven, que tú conoces que los malos hacen siempre algún mal a los más próximos a ellos, y los buenos

e bien; en cambio yo, por lo visto, he llegado a tal grado de ignorancia, que desconozco, incluso, que si llego a hacer malvado a alguien de los que están a mi lado corro peligro de recibir daño de él y este mal tan grande lo hago voluntariamente, según tú dices? Esto no te lo creo yo, Meleto, y pienso que ningún otro hombre. En efecto, o no los corrompo, o si los corrompo, lo hago involuntariamente, de manera que tú en uno u otro
26a caso mientes. Y si los corrompo involuntariamente, por esta clase de faltas la ley no ordena hacer comparecer a uno aquí, sino tomarle privadamente y enseñarle y reprenderle. Pues es evidente que, si aprendo, cesaré de hacer lo que hago involuntariamente. Tú has evitado y no has querido tratar conmigo ni enseñarme; en cambio, me traes aquí, donde es ley traer a los que necesitan castigo y no enseñanza.

Pues bien, atenienses, ya es evidente lo que yo decía,
b que Meleto no se ha preocupado jamás por estas cosas, ni poco ni mucho. Veamos, sin embargo; dinos cómo dices que yo corrompo a los jóvenes. ¿No es evidente que, según la acusación que presentaste, enseñándoles a creer no en los dioses en los que cree la ciudad, sino en otros espíritus nuevos? ¿No dices que los corrompo enseñándoles esto?

—En efecto, eso digo muy firmemente.

—Por esos mismos dioses, Meleto, de los que tratamos, háblanos aún más claramente a mí y a estos hom-
c bres. En efecto, yo no puedo llegar a saber si dices que yo enseño a creer que existen algunos dioses —y entonces yo mismo creo que hay dioses y no soy enteramente ateo ni delinco en eso—, pero no los que la ciudad cree, sino otros, y es esto lo que me inculpas, que otros, o bien afirmas que yo mismo no creo en absoluto en los dioses y enseño esto a los demás.

—Digo eso, que no crees en los dioses en absoluto.

—Oh sorprendente Meleto, ¿para qué dices esas d
cosas? ¿Luego tampoco creo, como los demás hombres, que el sol y la luna son dioses?

—No, por Zeus, jueces, puesto que afirma que el sol es una piedra y la luna, tierra.

—¿Crees que estás acusando a Anaxágoras[17], querido Meleto? ¿Y desprecias a éstos y consideras que son desconocedores de las letras hasta el punto de no saber que los libros de Anaxágoras de Clazómenas están llenos de estos temas? Y, además, ¿aprenden de mí los jóvenes lo que de vez en cuando pueden adquirir en la orquestra[18], por un dracma como mucho, y reírse de e
Sócrates si pretende que son suyas estas ideas, especialmente al ser tan extrañas? Pero, oh Meleto, ¿te parece a ti que soy así, que no creo que exista ningún dios?

—Ciertamente que no, por Zeus, de ningún modo.

—No eres digno de crédito, Meleto, incluso, según creo, para ti mismo. Me parece que este hombre, atenienses, es descarado e intemperante y que, sin más, ha presentado esta acusación con cierta insolencia, intemperancia y temeridad juvenil. Parece que trama una especie de enigma para tantear. «¿Se dará cuenta ese 27a
sabio de Sócrates de que estoy bromeando y contradiciéndome, o le engañaré a él y a los demás oyentes?» Y digo esto porque es claro que éste se contradice en la acusación; es como si dijera: «Sócrates delinque no creyendo en los dioses, pero creyendo en los dioses». Esto es propio de una persona que juega.

---

[17] La fama de Anaxágoras debía de ser grande, puesto que, por estas fechas, hacía ya 29 años que había muerto en Lámpsaco. Había vivido muchos años en Atenas en el círculo de Pericles. Aunque Sócrates, en sus comienzos, se había interesado por el pensamiento de Anaxágoras, cuyas ideas le eran perfectamente conocidas, aprovecha esta ocasión para precisar que su pensamiento no tiene relación con el de los filósofos de la naturaleza.

[18] Probablemente un lugar en el ágora en el que se ejercía el comercio de libros. No se trata de la orquestra del teatro.

Examinad, pues, atenienses por qué me parece que dice eso. Tú, Meleto, contéstame. Vosotros, como os
b rogué al empezar, tened presente no protestar si construyo las frases en mi modo habitual.

—¿Hay alguien, Meleto, que crea que existen cosas humanas, y que no crea que existen hombres? Que conteste, jueces, y que no proteste una y otra vez. ¿Hay alguien que no crea que existen caballos y que crea que existen cosas propias de caballos? ¿O que no existen flautistas, y sí cosas relativas al toque de la flauta? No existe esa persona, querido Meleto; si tú no quieres responder, te lo digo yo a ti y a estos otros. Pero, responde, al menos, a lo que sigue.

—¿Hay quien crea que hay cosas propias de divini-
c dades, y que no crea que hay divinidades?

—No hay nadie.

—¡Qué servicio me haces al contestar, aunque sea a regañadientes, obligado por éstos! Así pues, afirmas que yo creo y enseño cosas relativas a divinidades, sean nuevas o antiguas; por tanto, según tu afirmación, y además lo juraste eso en tu escrito de acusación, creo en lo relativo a divinidades. Si creo en cosas relativas a divinidades, es sin duda de gran necesidad que yo crea que hay divinidades. ¿No es así? Sí lo es. Supongo que estás de acuerdo, puesto que no contestas. ¿No
d creemos que las divinidades son dioses o hijos de dioses? ¿Lo afirmas o lo niegas?

—Lo afirmo.

—Luego si creo en las divinidades, según tú afirmas, y si las divinidades son en algún modo dioses, esto sería lo que yo digo que presentas como enigma y en lo que bromeas, al afirmar que yo no creo en los dioses y que, por otra parte, creo en los dioses, puesto que creo en las divinidades. Si, a su vez, las divinidades son hijos de los dioses, bastardos nacidos de ninfas o de otras mujeres, según se suele decir, ¿qué hombre creería que

hay hijos de dioses y que no hay dioses? Sería, en efecto, tan absurdo como si alguien creyera que hay hijos e
de caballos y burros, los mulos, pero no creyera que hay caballos y burros. No es posible, Meleto, que hayas presentado esta acusación sin el propósito de ponernos a prueba, o bien por carecer de una imputación real de la que acusarme. No hay ninguna posibilidad de que tú persuadas a alguien, aunque sea de poca inteligencia, de que una misma persona crea que hay cosas relativas a las divinidades y a los dioses y, por otra parte, que 28a
esa persona no crea en divinidades, dioses ni héroes.

Pues bien, atenienses, me parece que no requiere mucha defensa demostrar que yo no soy culpable respecto a la acusación de Meleto, y que ya es suficiente lo que ha dicho [19].

Lo que yo decía antes, a saber, que se ha producido gran enemistad hacia mí por parte de muchos, sabed bien que es verdad. Y es esto lo que me va a condenar, si me condena, no Meleto ni Ánito sino la calumnia y la envidia de muchos. Es lo que ya ha condenado a otros muchos hombres buenos y los seguirá condenando. No hay que esperar que se detenga en mí. b

Quizá alguien diga: «¿No te da vergüenza, Sócrates, haberte dedicado a una ocupación tal por la que ahora corres peligro de morir?» A éste yo, a mi vez, le diría unas palabras justas: «No tienes razón, amigo, si crees que un hombre que sea de algún provecho ha de tener en cuenta el riesgo de vivir o morir, sino el examinar solamente, al obrar, si hace cosas justas o injustas y actos propios de un hombre bueno o de un hombre

---

19 Con estas palabras, da por terminada Sócrates su defensa frente a la acusación real presentada contra él. El resto del tiempo concedido para la defensa lo va a dedicar a justificar su forma de vida y a demostrar que es beneficiosa para la ciudad y digna de ser seguida por todos los hombres.

c malo. De poco valor serían, según tu idea, cuantos semidioses murieron en Troya y, especialmente, el hijo de Tetis[20], el cual, ante la idea de aceptar algo deshonroso, despreció el peligro hasta el punto de que, cuando, ansioso de matar a Héctor, su madre, que era diosa, le dijo, según creo, algo así como: «Hijo, si vengas la muerte de tu compañero Patroclo y matas a Héctor, tú mismo morirás, pues el destino está dispuesto para ti inmediatamente después de Héctor»; él, tras oírlo, desdeñó
d la muerte y el peligro, temiendo mucho más vivir siendo cobarde sin vengar a los amigos, y dijo: «Que muera yo en seguida después de haber hecho justicia al culpable, a fin de que no quede yo aquí junto a las cóncavas naves, siendo objeto de risa, inútil peso de la tierra.» ¿Crees que pensó en la muerte y en el peligro?

Pues la verdad es lo que voy a decir, atenienses. En el puesto en el que uno se coloca porque considera que es el mejor, o en el que es colocado por un superior, allí debe, según creo, permanecer y arriesgarse sin tener en cuenta ni la muerte ni cosa alguna, más que la deshonra. En efecto, atenienses, obraría yo indignamente, si, al asignarme un puesto los jefes que vosotros elegisteis para mandarme en Potidea[21], en Anfípolis y en Delion, decidí permanecer como otro cualquiera allí donde ellos me colocaron y corrí, entonces, el riesgo
e de morir, y en cambio ahora, al ordenarme el dios,

[20] Aquiles, que conociendo que debía morir inmediatamente después de Héctor, obró como se indica a continuación. Las palabras de Tetis y de Aquiles, citadas en la *Apología* responden resumida y aproximadamente a *Ilíada* XVIII 96-104. Los héroes homéricos tenían valor de ejemplaridad entre los griegos.

[21] Potidea, Anfípolis y Delion son batallas en las que luchó Sócrates como hoplita y que tuvieron lugar, respectivamente, en 429, 422 y 424. Aunque para su presencia en Potidea y Delio hay otros testimonios, la referencia a Anfípolis se encuentra sólo aquí. Sócrates tenía a gala no haber abandonado Atenas más que en servicio de la patria.

según he creído y aceptado, que debo vivir filosofando y examinándome a mí mismo y a los demás, abandonara mi puesto por temor a la muerte o a cualquier otra
cosa. Sería indigno y realmente alguien podría con jus- 29a
ticia traerme ante el tribunal diciendo que no creo que hay dioses, por desobedecer al oráculo, temer la muerte y creerme sabio sin serlo. En efecto, atenienses, temer la muerte no es otra cosa que creer ser sabio sin serlo, pues es creer que uno sabe lo que no sabe. Pues nadie conoce la muerte, ni siquiera si es, precisamente, el mayor de todos los bienes para el hombre, pero la temen como si supieran con certeza que es el mayor de los
males. Sin embargo, ¿cómo no va a ser la más reprocha- b
ble ignorancia la de creer saber lo que no se sabe? Yo, atenienses, también quizá me diferencio en esto de la mayor parte de los hombres, y, por consiguiente, si dijera que soy más sabio que alguien en algo, sería en esto, en que no sabiendo suficientemente sobre las cosas del Hades[22], también reconozco no saberlo. Pero sí sé que es malo y vergonzoso cometer injusticia y desobedecer al que es mejor, sea dios u hombre. En comparación con los males que sé que son males, jamás temeré
ni evitaré lo que no sé si es incluso un bien. De manera c
que si ahora vosotros me dejarais libre no haciendo caso a Ánito, el cual dice que o bien era absolutamente necesario que yo no hubiera comparecido aquí o que, puesto que he comparecido, no es posible no condenarme a muerte, explicándoos que, si fuera absuelto, vuestros hijos, poniendo inmediatamente en práctica las cosas que Sócrates enseña, se corromperían todos totalmente, y si, además, me dijerais: «Ahora, Sócrates, no vamos a hacer caso a Ánito, sino que te dejamos libre, a condición, sin embargo, de que no gastes ya más tiem-

[22] Aquí, a diferencia de 40e, donde tiene el sentido de morada de los muertos, expresa lo que sigue a la muerte.

po en esta búsqueda y de que no filosofes, y si eres
d sorprendido haciendo aún esto, morirás»; si, en efecto, como dije, me dejarais libre con esta condición, yo os diría: «Yo, atenienses, os aprecio y os quiero, pero voy a obedecer al dios más que a vosotros y, mientras aliente y sea capaz, es seguro que no dejaré de filosofar, de exhortaros y de hacer manifestaciones al que de vosotros vaya encontrando, diciéndole lo que acostumbro: 'Mi buen amigo, siendo ateniense, de la ciudad más grande y más prestigiada en sabiduría y poder, ¿no te avergüenzas de preocuparte de cómo tendrás las mayores riquezas y la mayor fama y los mayores honores,
e y, en cambio no te preocupas ni interesas por la inteligencia, la verdad y por cómo tu alma va a ser lo mejor posible?'.» Y si alguno de vosotros discute y dice que se preocupa, no pienso dejarlo al momento y marcharme, sino que le voy a interrogar, a examinar y a refutar, y, si me parece que no ha adquirido la virtud y dice
30a que sí, le reprocharé que tiene en menos lo digno de más y tiene en mucho lo que vale poco. Haré esto con el que me encuentre, joven o viejo, forastero o ciudadano, y más con los ciudadanos por cuanto más próximos estáis a mí por origen. Pues, esto lo manda el dios, sabedlo bien, y yo creo que todavía no os ha surgido mayor bien en la ciudad que mi servicio al dios. En efecto, voy por todas partes sin hacer otra cosa que
b intentar persuadiros, a jóvenes y viejos, a no ocuparos ni de los cuerpos ni de los bienes antes que del alma ni con tanto afán, a fin de que ésta sea lo mejor posible, diciéndoos: «No sale de las riquezas la virtud para los hombres, sino de la virtud, las riquezas y todos los otros bienes, tanto los privados como los públicos. Si corrompo a los jóvenes al decir tales palabras, éstas serían dañinas. Pero si alguien afirma que yo digo otras cosas, no dice verdad. A esto yo añadiría: «Atenienses, haced caso o no a Ánito, dejadme o no en libertad, en la idea

de que no voy a hacer otra cosa, aunque hubiera de c
morir muchas veces.»

No protestéis, atenienses, sino manteneos en aquello que os supliqué, que no protestéis por lo que digo, sino que escuchéis. Pues, incluso, vais a sacar provecho escuchando, según creo. Ciertamente, os voy a decir algunas otras cosas por las que quizá gritaréis. Pero no hagáis eso de ningún modo. Sabed bien que si me condenáis a muerte, siendo yo cual digo que soy, no me dañaréis a mí más que a vosotros mismos. En efecto, a mí no me causarían ningún daño ni Meleto ni Ánito; cierto que tampoco podrían, porque no creo que naturalmente esté permitido que un hombre bueno reciba d
daño de otro malo. Ciertamente, podría quizá matarlo o desterrarlo o quitarle los derechos ciudadanos. Éste y algún otro creen, quizá, que estas cosas son grandes males; en cambio yo no lo creo así, pero sí creo que es un mal mucho mayor hacer lo que éste hace ahora: intentar condenar a muerte a un hombre injustamente.

Ahora, atenienses, no trato de hacer la defensa en mi favor, como alguien podría creer, sino en el vuestro, no sea que al condenarme cometáis un error respecto a la dádiva del dios para vosotros. En efecto, si me e
condenáis a muerte, no encontraréis fácilmente, aunque sea un tanto ridículo decirlo, a otro semejante colocado en la ciudad por el dios del mismo modo que, junto a un caballo grande y noble pero un poco lento por su tamaño, y que necesita ser aguijoneado por una especie de tábano, según creo, el dios me ha colocado junto a la ciudad para una función semejante, y como tal, despertándoos, persuadiéndoos y reprochándoos uno a uno, no cesaré durante todo el día de posarme en todas partes. No llegaréis a tener fácilmente otro semejante, 31a
atenienses, y si me hacéis caso, me dejaréis vivir. Pero, quizá, irritados, como los que son despertados cuando cabecean somnolientos, dando un manotazo me conde-

naréis a muerte a la ligera, haciendo caso a Ánito. Después, pasaríais el resto de la vida durmiendo, a no ser que el dios, cuidándose de vosotros, os enviara otro. Comprenderéis, por lo que sigue, que yo soy precisamente el hombre adecuado para ser ofrecido por el
b dios a la ciudad. En efecto, no parece humano que yo tenga descuidados todos mis asuntos y que, durante tantos años, soporte que mis bienes familiares estén en abandono, y, en cambio, esté siempre ocupándome de lo vuestro, acercándome a cada uno privadamente, como un padre o un hermano mayor, intentando convencerle de que se preocupe por la virtud. Y si de esto obtuviera provecho o cobrara un salario al haceros estas recomendaciones, tendría alguna justificación. Pero la verdad es que, incluso vosotros mismos lo veis, aunque los acusadores han hecho otras acusaciones tan desvergonzadamente, no han sido capaces, presentando
c un testigo, de llevar su desvergüenza a afirmar que yo alguna vez cobré o pedí a alguien una remuneración. Ciertamente yo presento, me parece, un testigo suficiente de que digo la verdad: mi pobreza.

Quizá pueda parecer extraño que yo privadamente, yendo de una a otra parte, dé estos consejos y me meta en muchas cosas, y no me atreva en público a subir a la tribuna del pueblo y dar consejos a la ciudad. La causa de esto es lo que vosotros me habéis oído decir muchas veces, en muchos lugares, a saber, que hay
d junto a mí algo divino y demónico[23]; esto también lo incluye en la acusación Meleto burlándose. Está conmigo desde niño, toma forma de voz y, cuando se manifiesta, siempre me disuade de lo que voy a hacer, jamás me incita. Es esto lo que se opone a que yo ejerza la

---

[23] Sócrates justifica por qué ha ejercido privadamente su labor en beneficio de Atenas y no lo ha hecho desde la actividad política. Introduce la presencia de un espíritu disuasor.

política, y me parece que se opone muy acertadamente. En efecto, sabed bien, atenienses, que si yo hubiera intentado anteriormente realizar actos políticos, habría muerto hace tiempo y no os habría sido útil a vosotros ni a mí mismo. Y no os irritéis conmigo porque digo *e*
la verdad. En efecto, no hay hombre que pueda conservar la vida, si se opone noblemente a vosotros o a cualquier otro pueblo y si trata de impedir que sucedan en la ciudad muchas cosas injustas e ilegales; por el contrario, es necesario que el que, en realidad, lucha *32a*
por la justicia, si pretende vivir un poco de tiempo, actúe privada y no públicamente.

Y, de esto, os voy a presentar pruebas importantes, no palabras, sino lo que vosotros estimáis, hechos. Oíd lo que me ha sucedido, para que sepáis que no cedería ante nada contra lo justo por temor a la muerte, y al no ceder, al punto estaría dispuesto a morir. Os voy a decir cosas vulgares y leguleyas, pero verdaderas. En efecto, atenienses, yo no ejercí ninguna otra magistratura en la ciudad, pero fui miembro del Consejo[24]. *b*
Casualmente ejercía la pritanía nuestra tribu, la Antióquide, cuando vosotros decidisteis, injustamente, como después todos reconocisteis, juzgar en un solo juicio a los diez generales que no habían recogido a los náufragos del combate naval[25]. En aquella ocasión yo

---

[24] El Consejo (llamado «Consejo de los Quinientos») estaba constituido por cincuenta miembros de cada una de las diez tribus. Se dividía el año en diez períodos, en cada uno de los cuales ejercía el gobierno y presidía el Consejo cada una de las tribus (tribu en pritanía). Los cincuenta miembros de la tribu en funciones se llamaban prítanes. En esta época, los cargos que ejercían los prítanes, algunos por un solo día, se asignaban por sorteo; también se había efectuado sorteo para nombrar a los cincuenta representantes de cada tribu.

[25] La batalla naval de las islas Arginusas en el año 406 terminó con la victoria de los generales atenienses sobre los espartanos. Una tormenta impidió recoger a los náufragos propios.

solo entre los prítanes me enfrenté a vosotros para que
no se hiciera nada contra las leyes y voté en contra.
Y estando dispuestos los oradores a enjuiciarme y de-
tenerme, y animándoles vosotros a ello y dando gritos,
c creí que debía afrontar el riesgo con la ley y la justicia
antes de, por temor a la cárcel o a la muerte, unirme
a vosotros que estabais decidiendo cosas injustas. Y
esto, cuando la ciudad aún tenía régimen democrático.
Pero cuando vino la oligarquía, los Treinta[26] me hicie-
ron llamar al Tolo, junto con otros cuatro, y me orde-
naron traer de Salamina a León el salaminio para darle
muerte; pues ellos ordenaban muchas cosas de este
tipo también a otras personas, porque querían cargar
de culpas al mayor número posible. Sin embargo, yo
mostré también en esta ocasión, no con palabras, sino
d con hechos, que a mí la muerte, si no resulta un poco
rudo decirlo, me importa un bledo, pero que, en cam-
bio, me preocupa absolutamente no realizar nada in-
justo e impío. En efecto, aquel gobierno, aun siendo
tan violento, no me atemorizó como para llevar a cabo
un acto injusto, sino que, después de salir del Tolo,
los otros cuatro fueron a Salamina y trajeron a León,
y yo salí y me fui a casa. Y quizá habría perdido la vida
por esto, si el régimen no hubiera sido derribado rápida-
e mente. De esto, tendréis muchos testigos.

¿Acaso creéis que yo habría llegado a vivir tantos
años, si me hubiera ocupado de los asuntos públicos y,
al ocuparme de ellos como corresponde a un hombre

A esta circunstancia se unieron intrigas políticas que determinaron la instrucción de un proceso y la condena a muerte de los generales victoriosos. Era ilegal juzgarlos en un solo juicio. Sócrates, con evidente peligro, fue el único de los prítanes que se opuso. (JEN., *Hel.* I 6.)

26 «Los Treinta» es el nombre dado al duro gobierno de treinta oligarcas atenienses impuesto por Esparta poco después de la rendición de Atenas en 404. Se reunían en el Tolo.

honrado, hubiera prestado ayuda a las cosas justas y
considerado esto lo más importante, como es debido?
Está muy lejos de ser así. Ni tampoco ningún otro
hombre. En cuanto a mí, a lo largo de toda mi vida, 33*a*
si alguna vez he realizado alguna acción pública, me he
mostrado de esta condición, y también privadamente,
sin transigir en nada con nadie contra la justicia ni
tampoco con ninguno de los que, creando falsa imagen
de mí, dicen que son discípulos míos. Yo no he sido
jamás maestro de nadie. Si cuando yo estaba hablando
y me ocupaba de mis cosas, alguien, joven o viejo,
deseaba escucharme, jamás se lo impedí a nadie. Tam-
poco dialogo cuando recibo dinero y dejo de dialogar si
no lo recibo, antes bien me ofrezco, para que me pre- *b*
gunten, tanto al rico como al pobre, y lo mismo si al-
guien prefiere responder y escuchar mis preguntas. Si
alguno de éstos es luego un hombre honrado o no lo
es, no podría yo, en justicia, incurrir en culpa; a nin-
guno de ellos les ofrecí nunca enseñanza alguna ni les
instruí. Y si alguien afirma que en alguna ocasión apren-
dió u oyó de mí en privado algo que no oyeran también
todos los demás, sabed bien que no dice la verdad.

¿Por qué, realmente, gustan algunos de pasar largo
tiempo a mi lado? Lo habéis oído ya, atenienses; os he *c*
dicho toda la verdad. Porque les gusta oírme examinar
a los que creen ser sabios y no lo son. En verdad, es
agradable. Como digo, realizar este trabajo me ha sido
encomendado por el dios por medio de oráculos, de
sueños y de todos los demás medios con los que alguna
vez alguien, de condición divina, ordenó a un hombre
hacer algo. Esto, atenienses, es verdad y fácil de com-
probar. Ciertamente, si yo corrompo a unos jóvenes
ahora y a otros los he corrompido ya, algunos de ellos, *d*
creo yo, al hacerse mayores, se darían cuenta de que,
cuando eran jóvenes, yo les aconsejé en alguna ocasión
algo malo, y sería necesario que subieran ahora a la

tribuna, me acusaran y se vengaran. Si ellos no quieren, alguno de sus familiares, padres, hermanos u otros parientes; si sus familiares recibieron de mí algún daño, tendrían que recordarlo ahora y vengarse. Por todas partes están presentes aquí muchos de ellos a los que estoy viendo. En primer lugar, este Critón [27], de mi misma edad y demo, padre de Critobulo, también presente;
e después, Lisanias de Esfeto, padre de Esquines, que está aquí; luego Antifón de Cefisia, padre de Epígenes; además, están presentes otros cuyos hermanos han estado en esta ocupación, Nicóstrato, el hijo de Teozótides y hermano de Teódoto —Teódoto ha muerto, así que no podría rogarle que no me acusara—; Paralio, hijo de Demódoco, cuyo hermano era Téages; Adimanto, hijo
34a de Aristón, cuyo hermano es Platón, que está aquí; Ayantodoro, cuyo hermano, aquí presente, es Apolodoro. Puedo nombraros a otros muchos, a alguno de los cuales Meleto debía haber presentado especialmente como testigo en su discurso. Si se olvidó entonces, que lo presente ahora —yo se lo permito— y que diga si dispone de alguno de éstos. Pero vais a encontrar todo lo contrario, atenienses, todos están dispuestos a ayudarme a mí, al que corrompe, al que hace mal a sus fami-
b liares, como dicen Meleto y Ánito. Los propios corrompidos tendrían quizá motivo para ayudarme, pero los

[27] Las personas citadas eran amigos fieles de Sócrates. Critón está configurado en el diálogo que lleva su nombre. Esquines de Esfeto estuvo también presente en la muerte de Sócrates. Tras la muerte del maestro se trasladó a Sicilia, donde residió muchos años antes de regresar a Atenas. Epígenes, del demo de Cefisia, estuvo también presente en la muerte de Sócrates. Nicóstrato no nos es conocido por otras referencias. Téages, ateniense, hijo de Demódoco, está nombrado ya como fallecido en la fecha del proceso. Es interlocutor de Sócrates en el diálogo apócrifo de su nombre. Adimanto, el hermano mayor de Platón, es interlocutor de Sócrates en la *República*. Apolodoro aparece también en el *Banquete* 172b, y en el *Fedón* 59a y 117d.

no corrompidos, hombres ya mayores, los parientes de éstos no tienen otra razón para ayudarme que la recta y la justa, a saber, que tienen conciencia de que Meleto miente y de que yo digo la verdad.

Sea, pues, atenienses; poco más o menos, son éstas y, quizá, otras semejantes las cosas que podría alegar en mi defensa [28]. Quizá alguno de vosotros se irrite, acordándose de sí mismo, si él, sometido a un juicio de c
menor importancia que éste, rogó y suplicó a los jueces con muchas lágrimas, trayendo a sus hijos para producir la mayor compasión posible y, también, a muchos de sus familiares y amigos [29], y, en cambio, yo no hago nada de eso, aunque corro el máximo peligro, según parece. Tal vez alguno, al pensar esto, se comporte más duramente conmigo e, irritado por estas mismas palabras, dé su voto con ira. Pues bien, si alguno de vos- d
otros es así —ciertamente yo no lo creo, pero si, no obstante, es así—, me parece que le diría las palabras adecuadas, al decirle: «También yo, amigo, tengo parientes. Y, en efecto, me sucede lo mismo que dice Homero, tampoco yo he nacido de 'una encina ni de una roca', sino de hombres, de manera que también yo tengo parientes y por cierto, atenienses, tres hijos, uno ya adolescente y dos niños.» Sin embargo, no voy a hacer subir aquí a ninguno de ellos y suplicaros que me absolváis. ¿Por qué no voy a hacer nada de esto? No por arrogancia, atenienses, ni por desprecio a vos-

[28] Las últimas palabras de Sócrates antes de votar los jueces tienen una creciente tensión dramática. Así como Ánito había dicho que no se debía haber procesado a Sócrates, o que, una vez procesado, era necesario condenarlo a muerte, así también Sócrates sabía que tenía que renunciar a toda su labor pasada adoptando una actitud suplicante o mantenerse firme, con el casi seguro riesgo de ser condenado a muerte.

[29] Se trata de prácticas que eran frecuentes en juicios en los que la sentencia podía ser la pena capital.

e otros. Si yo estoy confiado con respecto a la muerte o
no lo estoy, eso es otra cuestión. Pero en lo que toca a
la reputación, la mía, la vuestra y la de toda la ciudad,
no me parece bien, tanto por mi edad como por el re-
nombre que tengo, sea verdadero o falso, que yo haga
nada de esto, pero es opinión general que Sócrates se
35a distingue de la mayoría de los hombres. Si aquellos de
vosotros que parecen distinguirse por su sabiduría,
valor u otra virtud cualquiera se comportaran de este
modo, sería vergonzoso. A algunos que parecen tener
algún valor los he visto muchas veces comportarse así
cuando son juzgados, haciendo cosas increíbles porque
creían que iban a soportar algo terrible si eran conde-
nados a muerte, como si ya fueran a ser inmortales si
vosotros no los condenarais. Me parece que éstos llenan
de vergüenza a la ciudad, de modo que un extranjero
b podría suponer que los atenienses destacados en mé-
rito, a los que sus ciudadanos prefieren en la elección
de magistraturas y otros honores, ésos en nada se dis-
tinguen de las mujeres. Ciertamente, atenienses, ni vos-
otros, los que destacáis en alguna cosa, debéis hacer
esto, ni, si lo hacemos nosotros, debéis permitirlo, sino
dejar bien claro que condenaréis al que introduce estas
escenas miserables y pone en ridículo a la ciudad, mucho
más que al que conserva la calma.

Aparte de la reputación, atenienses, tampoco me pare-
ce justo suplicar a los jueces y quedar absuelto por
c haber suplicado, sino que lo justo es informarlos y
persuadirlos. Pues no está sentado el juez para conceder
por favor lo justo, sino para juzgar; además, ha jurado
no hacer favor a los que le parezca, sino juzgar con
arreglo a las leyes. Por tanto, es necesario que nosotros
no os acostumbremos a jurar en falso y que vosotros
no os acostumbréis, pues ni unos ni otros obraríamos
piadosamente. Por consiguiente, no estiméis, atenienses,
que yo debo hacer ante vosotros actos que considero

que no son buenos, justos ni piadosos, especialmente, d
por Zeus, al estar acusado de impiedad por este Meleto.
Pues, evidentemente, si os convenciera y os forzara con
mis súplicas, a pesar de que habéis jurado, os estaría
enseñando a no creer que hay dioses y simplemente, al
intentar defenderme, me estaría acusando de que no
creo en los dioses. Pero está muy lejos de ser así; por-
que creo, atenienses, como ninguno de mis acusadores;
y dejo a vosotros y al dios que juzguéis sobre mí del
modo que vaya a ser mejor para mí y para vosotros.

Al hecho de que no me irrite, atenienses, ante lo su- e
cedido, es decir, ante que me hayáis condenado, con- 36a
tribuyen muchas cosas y, especialmente, que lo sucedido
no ha sido inesperado para mí, si bien me extraña mucho
más el número de votos resultante de una y otra parte.
En efecto, no creía que iba a ser por tan poco, sino por
mucho. La realidad es que, según parece, si sólo trein-
ta[30] votos hubieran caído de la otra parte, habría sido
absuelto. En todo caso, según me parece, incluso ahora
he sido absuelto respecto a Meleto, y no sólo absuelto,
sino que es evidente para todos que, si no hubieran
comparecido Ánito y Licón para acusarme, quedaría
él condenado incluso a pagar mil dracmas por no haber b
alcanzado la quinta parte de los votos.

Así pues, propone para mí este hombre la pena de
muerte. Bien, ¿y yo qué os propondré a mi vez[31], ate-

[30] Sócrates ha sido declarado culpable de la acusación. Para los datos numéricos, ver la Introducción. Si el acusador no conseguía la quinta parte de los votos de los jueces, debía pagar mil dracmas.

[31] Meleto ha propuesto la pena de muerte. El tribunal no puede más que elegir entre las dos propuestas. En las circunstancias del momento, Sócrates tenía que admitir una culpabilidad o exponerse a que el tribunal tuviera que elegir la pena de

nienses? ¿Hay alguna duda de que propondré lo que merezco? ¿Qué es eso entonces? ¿Qué merezco sufrir o pagar porque en mi vida no he tenido sosiego, y he abandonado las cosas de las que la mayoría se preocupa: los negocios, la hacienda familiar, los mandos militares, los discursos en la asamblea, cualquier magistratura, las alianzas y luchas de partidos que se producen en la ciudad, por considerar que en realidad soy
c demasiado honrado como para conservar la vida si me encaminaba a estas cosas? No iba donde no fuera de utilidad para vosotros o para mí, sino que me dirigía a hacer el mayor bien a cada uno en particular, según yo digo; iba allí, intentando convencer a cada uno de vosotros de que no se preocupara de ninguna de sus cosas antes de preocuparse de ser él mismo lo mejor y lo más sensato posible, ni que tampoco se preocupara de los asuntos de la ciudad antes que de la ciudad misma y
d de las demás cosas según esta misma idea. Por consiguiente, ¿qué merezco que me pase por ser de este modo? Algo bueno, atenienses, si hay que proponer en verdad según el merecimiento. Y, además, un bien que sea adecuado para mí. Así, pues, ¿qué conviene a un hombre pobre, benefactor y que necesita tener ocio para exhortaros a vosotros? No hay cosa que le convenga más, atenienses, que el ser alimentado en el Pritaneo[32] con más razón que si alguno de vosotros en las Olimpiadas ha alcanzado la victoria en las carreras de caballos, de bigas o de cuadrigas. Pues éste os hace parecer felices, y yo os hago felices, y éste en nada
e necesita el alimento, y yo sí lo necesito. Así, pues, si

---

muerte. La decisión, que Sócrates seguramente tenía prevista desde antes del juicio, fue la de no aceptar la culpabilidad.

[32] En el Pritaneo, establecido en el Tolo, podían comer las personas a las que la ciudad juzgaba como sus benefactores. Este honor era muy estimado.

es preciso que yo proponga lo merecido con arreglo a lo justo, propongo esto: la manutención en el Pritaneo. 37a

Quizá, al hablar así, os parezca que estoy hablando lleno de arrogancia, como cuando antes hablaba de lamentaciones y súplicas. No es así, atenienses, sino más bien, de este otro modo. Yo estoy persuadido de que no hago daño a ningún hombre voluntariamente, pero no consigo convenceros a vosotros de ello, porque hemos dialogado durante poco tiempo. Puesto que, si tuvieráis una ley, como la tienen otros hombres, que ordenara no decidir sobre una pena de muerte en un solo día, sino en muchos, os convenceríais. Pero, ahora, en poco b
tiempo no es fácil liberarse de grandes calumnias. Persuadido, como estoy, de que no hago daño a nadie, me hallo muy lejos de hacerme daño a mí mismo, de decir contra mí que soy merecedor de algún daño y de proponer para mí algo semejante. ¿Por qué temor iba a hacerlo? ¿Acaso por el de no sufrir lo que ha propuesto Meleto y que yo afirmo que no sé si es un bien o un mal? ¿Para evitar esto, debo elegir algo que sé con certeza que es un mal y proponerlo para mí? ¿Tal vez, la prisión? ¿Y por qué he de vivir yo en la cárcel siendo c
esclavo de los magistrados que, sucesivamente, ejerzan su cargo en ella, los Once? ¿Quizá, una multa y estar en prisión hasta que la pague? Pero esto sería lo mismo que lo anterior, pues no tengo dinero para pagar. ¿Entonces propondría el destierro? Quizá vosotros aceptaríais esto. ¿No tendría yo, ciertamente, mucho amor a la vida, si fuera tan insensato como para no poder reflexionar que vosotros, que sois conciudadanos míos, no habéis sido capaces de soportar mis conversaciones y razonamientos, sino que os han resultado lo bastante d
pesados y molestos como para que ahora intentéis libraros de ellos, y que acaso otros los soportarán fácilmente? Está muy lejos de ser así, atenienses. ¡Sería, en efecto, una hermosa vida para un hombre de mi edad

salir de mi ciudad y vivir yendo expulsado de una ciudad a otra! Sé con certeza que, donde vaya, los jóvenes escucharán mis palabras, como aquí. Si los rechazo, ellos me expulsarán convenciendo a los mayores. Si
e no los rechazo, me expulsarán sus padres y familiares
por causa de ellos.

Quizá diga alguno: «¿Pero no serás capaz de vivir alejado de nosotros en silencio y llevando una vida tranquila?» Persuadir de esto a algunos de vosotros es lo más difícil. En efecto, si digo que eso es desobedecer al dios y que, por ello, es imposible llevar una vida
38a tranquila, no me creeréis pensando que hablo irónica-
mente. Si, por otra parte, digo que el mayor bien para un hombre es precisamente éste, tener conversaciones cada día acerca de la virtud y de los otros temas de los que vosotros me habéis oído dialogar cuando me examinaba a mí mismo y a otros, y si digo que una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre, me creeréis aún menos. Sin embargo, la verdad es así, como yo digo, atenienses, pero no es fácil convenceros. Además, no estoy acostumbrado a considerarme mere-
b cedor de ningún castigo. Ciertamente, si tuviera dinero,
propondría la cantidad que estuviera en condiciones de pagar; el dinero no sería ningún daño. Pero la verdad es que no lo tengo, a no ser que quisierais aceptar lo que yo podría pagar. Quizá podría pagaros una mina de plata [33]. Propongo, por tanto, esa cantidad. Ahí Platón, atenienses, Critón, Critobulo y Apolodoro me piden que proponga treinta minas y que ellos salen fiadores.

[33] Sus amigos en el público advirtieron en seguida que la oferta de una mina conducía directamente a que el tribunal aceptara la propuesta de Meleto. Sócrates aceptó proponer las treinta minas. No hay razón para pensar que esta oferta no se produjo.

Así pues, propongo esa cantidad. Éstos serán para vosotros fiadores dignos de crédito.

Por no esperar un tiempo no largo, atenienses, vais c
a tener la fama y la culpa, por parte de los que quieren difamar a la ciudad, de haber matado [34] a Sócrates, un sabio. Pues afirmarán que soy sabio, aunque no lo soy, los que quieren injuriaros. En efecto, si hubierais esperado un poco de tiempo, esto habría sucedido por sí mismo. Veis, sin duda, que mi edad está ya muy avanzada en el curso de la vida y próxima a la muerte. No
digo estas palabras a todos vosotros, sino a los que me d
han condenado a muerte. Pero también les digo a ellos lo siguiente. Quizá creéis, atenienses, que yo he sido condenado por faltarme las palabras adecuadas para haberos convencido, si yo hubiera creído que era preciso hacer y decir todo, con tal de evitar la condena. Está muy lejos de ser así. Pues bien, he sido condenado por falta no ciertamente de palabras, sino de osadía y desvergüenza [35], y por no querer deciros lo que os habría sido más agradable oír: lamentarme, llorar o hacer y
decir otras muchas cosas indignas de mí, como digo, y e
que vosotros tenéis costumbre de oír a otros. Pero ni antes creí que era necesario hacer nada innoble por causa del peligro, ni ahora me arrepiento de haberme

[34] En nueva votación, el tribunal ha condenado a muerte a Sócrates. Casi ochenta jueces han cambiado de opinión y han dado su voto adverso a Sócrates. El juicio ha terminado, pero mientras los magistrados terminan sus diligencias para conducirlo a la prisión, Sócrates ha podido brevemente hablar con los jueces. Platón recoge estas palabras separando las dirigidas a los que le han condenado, de las que dedica a los que han votado su propuesta.

[35] Estas ideas expresadas aquí son las que, al parecer, han guiado el comportamiento de Sócrates durante el juicio. En ningún lugar expresa estos puntos de vista con mayor claridad.

defendido así, sino que prefiero con mucho morir ha-
biéndome defendido de este modo, a vivir habiéndolo
hecho de ese otro modo. En efecto, ni ante la justicia
ni en la guerra, ni yo ni ningún otro deben maquinar
39a cómo evitar la muerte a cualquier precio. Pues también
en los combates muchas veces es evidente que se evi-
taría la muerte abandonando las armas y volviéndose a
suplicar a los perseguidores. Hay muchos medios, en
cada ocasión de peligro, de evitar la muerte, si se tiene
la osadía de hacer y decir cualquier cosa. Pero no es
difícil, atenienses, evitar la muerte, es mucho más di-
fícil evitar la maldad; en efecto, corre más deprisa que
b la muerte. Ahora yo, como soy lento y viejo, he sido
alcanzado por la más lenta de las dos. En cambio, mis
acusadores, como son temibles y ágiles, han sido alcan-
zados por la más rápida, la maldad. Ahora yo voy a salir
de aquí condenado a muerte por vosotros, y éstos, con-
denados por la verdad, culpables de perversidad e in-
justicia. Yo me atengo a mi estimación y éstos, a la
suya. Quizá era necesario que esto fuera así y creo que
está adecuadamente.
c Deseo predeciros a vosotros, mis condenadores, lo
que va a seguir a esto. En efecto, estoy yo ya en ese
momento[36] en el que los hombres tienen capacidad de
profetizar, cuando van ya a morir. Yo os aseguro, hom-
bres que me habéis condenado, que inmediatamente
después de mi muerte os va a venir un castigo mucho
más duro, por Zeus, que el de mi condena a muerte. En
efecto, ahora habéis hecho esto creyendo que os ibais
a librar de dar cuenta de vuestro modo de vida, pero,
como digo, os va a salir muy al contrario. Van a ser
d más los que os pidan cuentas, ésos a los que yo ahora
contenía sin que vosotros lo percibierais. Serán más in-

---

[36] Era creencia común que, a la hora de la muerte, los hombres adquirían cualidades proféticas.

transigentes por cuanto son más jóvenes, y vosotros os
irritaréis más. Pues, si pensáis que matando a la gente
vais a impedir que se os reproche que no vivís recta-
mente, no pensáis bien. Este medio de evitarlo ni es
muy eficaz, ni es honrado. El más honrado y el más
sencillo no es reprimir a los demás, sino prepararse
para ser lo mejor posible. Hechas estas predicciones a
quienes me han condenado les digo adiós.
Con los que habéis votado mi absolución me gusta- e
ría conversar sobre este hecho que acaba de suceder,
mientras los magistrados están ocupados y aún no voy
adonde yo debo morir. Quedaos, pues, conmigo, amigos,
este tiempo, pues nada impide conversar entre nos-
otros mientras sea posible. Como sois amigos, quiero 40a
haceros ver qué significa, realmente, lo que me ha suce-
dido ahora. En efecto, jueces —pues llamándoos jueces
os llamo correctamente—, me ha sucedido algo extra-
ño. La advertencia habitual para mí, la del espíritu
divino, en todo el tiempo anterior era siempre muy
frecuente, oponiéndose aun a cosas muy pequeñas, si
yo iba a obrar de forma no recta. Ahora me ha sucedido
lo que vosotros veis, lo que se podría creer que es, y en
opinión general es, el mayor de los males. Pues bien,
la señal del dios no se me ha opuesto ni al salir de b
casa por la mañana, ni cuando subí aquí al tribunal,
ni en ningún momento durante la defensa cuando iba
a decir algo. Sin embargo, en otras ocasiones me re-
tenía, con frecuencia, mientras hablaba. En cambio,
ahora, en este asunto no se me ha opuesto en ningún
momento ante ningún acto o palabra. ¿Cuál pienso que
es la causa? Voy a decíroslo. Es probable que esto que
me ha sucedido sea un bien, pero no es posible que lo
comprendamos rectamente los que creemos que la muer-
te es un mal. Ha habido para mí una gran prueba de c
ello. En efecto, es imposible que la señal habitual no se

me hubiera opuesto, a no ser que me fuera a ocurrir algo bueno.

Reflexionemos también que hay gran esperanza de que esto sea un bien. La muerte es una de estas dos cosas: o bien el que está muerto no es nada ni tiene sensación de nada, o bien, según se dice, la muerte es precisamente una transformación, un cambio de morada para el alma de este lugar de aquí a otro lugar. Si es
d una ausencia de sensación y un sueño, como cuando se duerme sin soñar, la muerte sería una ganancia maravillosa. Pues, si alguien, tomando la noche en la que ha dormido de tal manera que no ha visto nada en sueños y comparando con esta noche las demás noches y días de su vida, tuviera que reflexionar y decir cuántos días y noches ha vivido en su vida mejor y más agradablemente que esta noche, creo que no ya un hombre cualquiera, sino que incluso el Gran Rey[37] encontraría fácil-
e mente contables estas noches comparándolas con los otros días y noches. Si, en efecto, la muerte es algo así, digo que es una ganancia, pues la totalidad del tiempo no resulta ser más que una sola noche. Si, por otra parte, la muerte es como emigrar de aquí a otro lugar y es verdad, como se dice, que allí están todos los que han muerto, ¿qué bien habría mayor que éste, jueces?
41*a* Pues si, llegado uno al Hades, libre ya de éstos que dicen que son jueces, va a encontrar a los verdaderos jueces, los que se dice que hacen justicia allí: Minos[38], Radamanto, Éaco y Triptólemo, y a cuantos semidioses fueron justos en sus vidas, ¿sería acaso malo el viaje?

---

[37] Es la manera corriente de llamar al rey de los persas, cuya riqueza y lujo eran proverbiales.

[38] En el *Gorgias* 523e, cita Platón a Minos, Éaco y Radamanto, pero no a Triptólemo. En el libro XI de la *Odisea*, el juez es Minos. Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero están nombrados como seres extraordinarios con los que todo ser humano desearía hablar.

Además, ¿cuánto daría alguno de vosotros por estar junto a Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero? Yo estoy dispuesto a morir muchas veces, si esto es verdad, y sería un entretenimiento maravilloso, sobre todo para mí, *b*
cuando me encuentre allí con Palamedes[39], con Ayante, el hijo de Telamón, y con algún otro de los antiguos que haya muerto a causa de un juicio injusto, comparar mis sufrimientos con los de ellos; esto no sería desagradable, según creo. Y lo más importante, pasar el tiempo examinando e investigando a los de allí, como ahora a los de aquí, para ver quién de ellos es sabio, y quién cree serlo y no lo es. ¿Cuánto se daría, jueces, por examinar al que llevó a Troya aquel gran ejército, o bien a *c*
Odiseo[40] o a Sísifo o a otros infinitos hombres y mujeres que se podrían citar? Dialogar allí con ellos, estar en su compañía y examinarlos sería el colmo de la felicidad. En todo caso, los de allí no condenan a muerte por esto. Por otras razones son los de allí más felices que los de aquí, especialmente porque ya el resto del tiempo son inmortales, si es verdad lo que se dice.

Es preciso que también vosotros, jueces, estéis llenos de esperanza con respecto a la muerte y tengáis en el ánimo esta sola verdad, que no existe mal alguno para el hombre bueno, ni cuando vive ni después de muerto, *d*
y que los dioses no se desentienden de sus dificultades. Tampoco lo que ahora me ha sucedido ha sido por casualidad, sino que tengo la evidencia de que ya era mejor para mí morir y librarme de trabajos. Por esta razón, en ningún momento la señal divina me ha detenido y, por eso, no me irrito mucho con los que me han con-

---

[39] Palamedes y Ayante fueron, como Sócrates, víctimas de un juicio injusto, ambos a causa de Odiseo.

[40] El nombre de Odiseo viene atraído como pareja con Agamenón; el de Sísifo, como pareja de Odiseo, por urdidor de engaños. No tendría sentido nombrar aquí el castigo de Sísifo, ya conocido en *Odisea* XI 593.

denado ni con los acusadores. No obstante, ellos no me condenaron ni acusaron con esta idea, sino creyendo que me hacían daño. Es justo que se les haga este re-
e proche. Sin embargo, les pido una sola cosa. Cuando mis hijos sean mayores, atenienses, castigadlos causándoles las mismas molestias que yo a vosotros, si os parece que se preocupan del dinero o de otra cosa cualquiera antes que de la virtud, y si creen que son algo sin serlo, reprochadles, como yo a vosotros, que no se preocupan de lo que es necesario y que creen ser algo sin ser dignos de nada. Si hacéis esto, mis hijos y yo
42a habremos recibido un justo pago de vosotros. Pero es ya hora de marcharnos, yo a morir y vosotros a vivir. Quién de nosotros se dirige a una situación mejor es algo oculto para todos, excepto para el dios.

CRITÓN